



NUESTRO FOLKLORE



La técnica de la piedra seca, Patrimonio de la Humanidad, desde 2018.



Ronda de Lupiana, 2010.

FOTOS: JOSÉ ANTONIO ALONSO



Los toques de campana, un patrimonio inmaterial en peligro.

JOSÉ ANTONIO ALONSO
Etnólogo

Un patrimonio frágil

Desde hace unas décadas, la llamada “cultura tradicional” goza, relativamente, de buena salud. En nuestra tierra, después de la tremenda despoblación sufrida, especialmente a partir de mediados del siglo XX, asociaciones, instituciones y particulares empiezan a trabajar por la recuperación de las señas de identidad provinciales. Es entonces cuando se forman muchas “Asociaciones de Amigos” de los pueblos y otras organizaciones similares. En la segunda mitad del siglo XX, las instituciones apoyan muchas iniciativas, e incluso crean otras (escuelas de folklore, calendarios de fiestas y apoyo a las fiestas de “Interés Turístico”, revistas especializadas, encuentros, etc.). Este proceso se ha visto reforzado por otros derivados del apoyo a las culturas autóctonas, en el periodo de la Transición y con la entrada en vigor de la actual Constitución. El resultado de todo ello, en términos globales, es una mayor valoración de la cultura tradicional y popular, que había sido postergada y minusvalorada.

En el siglo actual las iniciativas de la UNESCO sobre el **Patrimonio**

Cultural Inmaterial de la Humanidad, empiezan a arrastrar y a condicionar las políticas culturales de todo el mundo. En nuestro caso, el Estado español se suma a esas iniciativas y las legislaciones de este siglo, tanto a nivel estatal como autonómico, reflejan esa nueva valoración. Yo diría que, como ocurre en otros casos, las leyes vigentes van, incluso, por delante de la sociedad. Sólo falta que las conozcamos al detalle y las apoyemos y apliquemos.

El patrimonio material o tangible, y el inmaterial o intangible van muy unidos. No podemos separar en una ronda o en una danza, por citar ejemplos conocidos, la parte inmaterial-el canto, o la coreografía de los danzantes-, de la parte material -los instrumentos, la indumentaria...-, pero, para entendernos, y pensando en el adecuado tratamiento se suele hacer esa distinción.

En el caso del **patrimonio material** el riesgo es algo menor, pues estamos hablando de un material tangible, aunque tampoco conviene confiarse. Los edificios, por ejemplo, necesitan mantenerse, cuidarse y habitarse, puesto que, una vez que se pierde la función, el riesgo es cada vez mayor. Se empieza por dejar que

las telarañas invadan los techos, los xilófagos entran en la madera y las cubiertas pierden las tejas. Es el principio del final de los edificios, pero el proceso de deterioro y pérdida total puede llevar años.

Las diferentes artesanías tienen también grados de fragilidad. La indumentaria y, en general, los tejidos y fibras son muy frágiles, pues la materia orgánica es muy sensible a la luz, a las temperaturas extremas, especialmente a los cambios bruscos; los tintes tradicionales se decoloran con facilidad, pues suelen ser de origen natural. También los insectos pueden aparecer al menor descuido y destruir las piezas. Evidentemente, el deterioro de los objetos es más difícil cuando están fabricados en materiales más perdurables (barro cocido, piezas metálicas, etc.), pero, incluso en esos casos, el tratamiento adecuado es imprescindible. Para ello hace falta destinar los medios necesarios y no siempre ocurre de esa manera.

Aunque sea de pasada, hemos visto como el patrimonio material tiene también su fragilidad. Pero el **patrimonio inmaterial** es otra historia. Este patrimonio, también llamado “patrimonio vivo”, según

los criterios de la UNESCO, *se refiere a las prácticas, expresiones, saberes o técnicas transmitidos por las comunidades de generación en generación*. Precisamente por sus características, el patrimonio inmaterial es esencialmente frágil.

En las últimas décadas, se ha hecho un gran esfuerzo, también en nuestra provincia, por documentar nuestras costumbres. Son innumerables los estudios sobre tradición oral, técnicas, saberes, etc. Con mejor o peor fortuna, se han realizado intentos de museización que, frecuentemente, recogen piezas materiales asociadas al patrimonio inmaterial. Pero el principal problema al que nos enfrentamos sigue siendo la despoblación. No hay patrimonio inmaterial vivo sin población. Como es sabido la mayor parte de nuestra población reside en el “Corredor del Henares”, situado en un extremo de la provincia, donde se encuentra también la capital de la misma. La mayor parte del territorio se está quedando despoblado, a pesar de los esfuerzos que se realizan. La falta de planificación, en su día, y lo que fue peor, la planificación equivocada, están en la base de este problema que, desgraciadamente, -ojalá me

equivoque- tiene mal paño.

Una cultura es el fruto de muchas variables, entre ellas la estructura económica. La población del Corredor del Henares es una población de aluvión, de gentes venidas de todas partes, también del resto de la provincia, en busca de trabajo y estabilidad. Esta franja del territorio, antaño campiña fértil y huerta feraz, hoy está cediendo terreno para la logística y los huertos solares. A pesar de todo, la antigua población sigue manteniendo gran parte de sus tradiciones (mayos de Azuqueca, Fiesta de Candelas de El Casar, Certamen de Rondas Navideñas Tradicionales, en Torija...); incluso se recuperan algunas desaparecidas (botarga de Cabanillas), o se crean otros eventos y ritos, con base en antiguas tradiciones (el **Cuentacuentos**, cuyos actos centrales se celebran precisamente este fin de semana, es un afortunado ejemplo de reelaboración y creación en torno al mundo de la tradición oral). Los habitantes del Corredor que nacimos en los pueblos, volvemos a nuestras localidades serranas y molinesas y seguimos manteniendo viva, hasta donde llegamos, la llama de la herencia cultural tradicional, pero, en muchos casos, es preocupante la falta de relevo generacional. Y sin relevo generacional no hay patrimonio vivo. Lo dicho: un patrimonio frágil que debemos reforzar, apoyar y mantener.